

103
Abril-Junio 2008
Revista de la Fundación Vida Silvestre Argentina

Vida Silvestre



PRECIO $ 10

Especies Ignoradas

Endemismos · Anfibios amenazados · Venado de las Pampas
Marsupiales · Merluza · Ramón Lista · Tirica

Coleccionable
Flora de la precordillera cuyana



ISSN 0326-3681


especies



NATURALEZA: ¿VALOR O PRECIO?

En cualquier comercio, un kilo de yerba tiene precio. Pero ¿cuánto vale el encuentro con esta planta, en la selva, dando refugio a aves multicolores? ¿Qué precio le pondría usted a una flotilla de bichitos de luz que sobrevuela su jardín? ¿Y cuánto valor le daría a un nocturno coro de grillos que escuchan dos chicos, maravillados?

Por **Claudio Bertonatti**

Fotos **Lorena E. Perez · C. Bertonatti**







"Todo necio confunde valor y precio."
Antonio Machado

Arranco con una pregunta. Usted, qué cree: ¿podríamos vivir sin escenarios silvestres?

Le diré lo que pienso: probablemente, sí. Pero, ¿por cuánto tiempo y de qué manera? ¿Cuán feliz sería nuestro paso por la vida en un mundo totalmente urbanizado, gris y pavimentado, con una multitud de edificios apretujados y con escasos espacios verdes reducidos a plazas y calles arboladas? ¿Nos daría lo mismo disfrutar del aire libre en una confortable plazoleta que tomar mate en un agreste parque nacional? ¿Nos emocionaría por igual la contemplación de un canario enjaulado que la de un lejano cóndor sobrevolando quebradas y montañas? ¿Nos latiría al mismo ritmo el corazón ante el encuentro asegurado de un yaguareté en el zoológico que ante una visita a la selva con una poco probable -pero ciertaposibilidad de su fugaz avistaje?

Seguramente hay gente que prefiere las primeras opciones por sobre las segundas, pero convengamos que quienes elegimos las últimas no nos conformamos con las primeras. El problema es que el mundo avanza velozmente hacia una dirección que poco a poco nos va alejando y privando de las más gratas situaciones de la naturaleza. Imagine en un futuro cercano: ¿A dónde iremos de vacaciones? ¿A otras ciudades, a parques de diversiones, museos, campos ganaderos o terrenos cultivados? Si cada vez queda menos naturaleza y se la acorrala en lugares más lejanos, está claro que –cuando resulte posible visitarlas- será también más caro y, por ende, más dificultoso. Una verdadera pena porque, entonces, nos empobreceremos espiritualmente y nos veremos privados de una maravillosa fuente inspiradora de bellas emociones.

Un tal Harris, antropólogo, sostuvo alguna vez que vivimos en una sociedad cosmofágica, que a medida que crece va devorando su entorno natural de un modo progresivo, consumiendo sus suelos más fértiles, sus aguas más limpias, sus peces más sabrosos, sus maderas más duras, sus mamíferos con mejores cueros o pieles, sus plantas ornamentales más impactantes... y, a cambio, le devuelve diariamente toneladas de basura, aire con humo y aguas descompuestas. Linda gratitud, la nuestra... ¿no? Si alguien nos observara desde

una panorámica planetaria seguramente podría deducir, además, que somos portadores de una vocación suicida, porque después de todo no es la Tierra la amenazada, sino nuestra civilización. Convengamos que el mundo seguirá girando, con o sin nosotros. Alcanza con recordar que así lo ha hecho cuando la superficie terrestre fue arrasada por el fuego o congelada con las glaciaciones, dejando un vasto cementerio de mamuts, gliptodontes y dinosaurios.

Pongamos precios

Ya lo sé: con esta introducción no le conté nada nuevo. En realidad, encaré estas páginas con la intención de compartir unas pocas reflexiones sobre nuestra valoración y aprecio por el mundo silvestre.

Cuando recorremos las góndolas del supermercado, todo tiene su precio. Desde la botella de agua mineral que proviene de arroyos andinos hasta la merluza de nuestro Atlántico. Y, además, todo está bien fraccionado y medido, ni un centímetro cúbico más, ni un gramo menos. Nadie puede dudar así del precio de un kilo de papas de origen puneño o de una lata de palmitos proveniente de la selva. Eso está claro. Ahora, cuando visitamos el palmital de la Reserva Urugua-í o descubrimos un picaflor alimentando a sus pichones en la Reserva Costanera Sur, eso, ¿qué precio tiene? Cuando nos recostamos en la arena, cerramos los ojos y escuchamos las olas del mar que van y vienen, ¿no vale nada? Cuando un pescador sube su adrenalina ante el brutal pique de un dorado y se da, luego, la satisfacción de devolverlo sano y salvo al río, ¿cuánto cuesta? Cuando llegamos fatigados a la cima de un cerro y contemplamos con silenciosa satisfacción un paisaje infinito, ¿cuánta plata está en juego?

Yo lo ignoro, pero no desconozco que todos estos ejemplos tienen valor, aunque resulte difícil de traducir en una suma específica de dinero. Y ya ve que no me estoy refiriendo a los servicios ambientales que brindan los ecosistemas, porque, afortunadamente, existen economistas que se han puesto a "hacer números" sobre el enorme costo financiero que nos saldría producir el oxígeno, el agua potable o los suelos cultivables que la naturaleza nos provee gratuita y cotidianamente.

Por eso me quiero referir a otros servicios o









bondades que no son materiales. A los que son capaces de brindarnos alegría, bienestar, emoción, felicidad. Imagine una bulliciosa cascada de aguas frescas y puras, serpenteando por un bosque frondoso sobre una montaña; una orquídea que despliega sus coloridas flores de diseño erótico; el desmesurado chapuzón de una ballena franca que nos salpica delante de nuestra embarcación; el melodioso silbo de un chingolo manso o el dulce aroma de un espinillo florecido de amarillo… El solo imaginarlos, ¿no le da algo de placer?

A medida que el tiempo pasa, vamos acumulando recuerdos como esos, con contenido afectivo. Y presumo que me pasa lo que a muchos: memorias o emociones parecidas son los tesoros de la vida, los que uno lleva a todas partes, aun con los bolsillos vacíos. Los que uno intenta recrear en las reuniones familiares o de amigos, mientras se nos dibuja una sonrisa o brillan más nuestros ojos. Nos hacen felices, nos distraen de las preocupaciones más agobiantes y hasta alivian más de un dolor o amargura. Sí, ya sé: no todos los recuerdos tienen que ver con la naturaleza. Pero los que en ella se gestan son muy diferentes, más diversos y puede que hasta más emocionantes, porque sus paisajes, sus especies y sus situaciones salen de lo común y son muchísimo más variadas que las presentadas en nuestra vida urbana. No se pueden comparar las brasas del asado del domingo en el fondo de casa con las de un fogón en el camping del Parque Nacional El Palmar. Hay otro "clima", otra intimidad, otra atención y cierta abstracción de la vida mundana, o bien una mayor concentración en asuntos más profundos. Son cosas bien distintas.

En definitiva, los escenarios salvajes valen por muchas razones que justifican, recomiendan y hacen necesaria su conservación: económicas, científicas, culturales, sociales, medicinales, ecológicas, etc. Pero hay un motivo intrínseco o propio del mundo natural. Podría sintetizarlo arbitrariamente en un "porque sí". Porque ese universo de sonidos, colores, sabores, olores y texturas nos brinda la posibilidad de experimentar emociones. Y no se trata solo de vivenciar y recordar. Se trata de vivir en un mundo con más posibilidades de ser felices.

Cuando realice su próximo viaje al campo correrá el riesgo de acordarse de mí. Cuando descubra un nidito, cuando después de la lluvia salgan los caracoles, cuando escuche saltar el pez sobre el agua, cuando las gotas de rocío delaten una telaraña, cuando se filtre el sol entre las nubes del atardecer, cuando a la noche canten las ranas... En ese instante –con o sin cámara de fotos- se disparará una alegría. Ya no le voy a preguntar cuánto vale eso. Usted y yo lo sabremos.

"Normalmente" debemos recurrir a argumentos económicos para defender la naturaleza y casi emulamos el papel de abogados en litigios empresariales. Si comprendiéramos que lo que está en juego es nuestra propia felicidad, no confundiríamos "valor" con "precio" y la defensa ambiental sería una cuestión innecesaria. Primaría el sentido común, que –aunque hoy puede ser "el menos común de los sentidos"- tarde o temprano deberá imponerse para salvarnos de nosotros mismos. ⊙





